

Sección 1

Problemas evolutivos

Lab. 1: Probl. de índole evolutiva
06: Discusión dirigida

Personalidad y párvulos



Los primeros recuerdos

A pesar de que estamos lejos de los cuatro años, todos conservamos algún que otro recuerdo de aquellos tiempos: la pérdida de algún objeto valioso sacado de casa subrepticamente, el frasco de colonia de papá hecho añicos por el suelo, el catón recién estrenado camino de la escuela. Todos los hechos que podemos recordar tienen un mismo denominador común: qué paliza, qué alegría.

Esos son los pequeños retazos que se cuelan de más allá por la puerta de los recuerdos que para todos constituye la primera comunión. Y a pesar de la intensidad de todas las vivencias de los primeros años transcurridos en el hogar, vienen ahora a nuestro recuerdo aquellas que constituyeron los primeros pasos en la escuela, comprendidos entre los cuatro y seis años, antesala del pensamiento lógico concreto, de aquellos siete años en que ya uno pasaba, por arte de birlibirloque a ser un hombre racional, con todo el peso de la responsabilidad moral, imagen de aquella estampa en la que Adán y Eva aparecen expulsados del paraíso por el severo arcángel de la espada flamante.

El uso de razón

La etapa evolutiva del uso de razón, religiosamente custodiada por nuestros mayores, hacía que todo el peso de la investigación práctica sobre el comportamiento infantil comenzase a partir de los siete años. Hasta esa edad el niño gozaba de cierta inmunidad, los castigos y responsabilidades se medían por otro baremo. "Déjalo, mujer —decían los abuelos a la mamá—, el niño todavía

no tiene uso de razón." La ciencia vino a demostrar la verdad de esta pauta cultural, pero, desgraciada y en parte acertadamente, también nos reveló que la trasposición del umbral moral no se hacía de un día para otro, ni a través de un rito, sino a lo largo de una serie de años, que se venía preparando desde el nacimiento o incluso desde antes. "Venimos de muy lejos, de tan lejos que no sabemos" como la "cigüeña caminante que nos trae en su hatillo".

Esa es la razón de la importancia que la psicología recaba para el estudio evolutivo del hombre y en especial de los primeros años. Este fenómeno se refleja en la creación de unas nuevas pautas educativas. En nuestra infancia los siete años eran la edad en que el niño tenía que enfrentarse con la iniciación religiosa y educativa responsable. Ya entonces se veía la necesidad de un año de preparación para el ingreso en el mundo de las responsabilidades que implicaba el "uso de razón". Así, la entrada en la enseñanza sistemática, se adelantó a los seis años. Hoy esa edad ya no resulta satisfactoria y los sistemas educativos prolongan esa iniciación a los cinco y cuatro años.

Pobrecitos... jugar

¿Qué puede aprender un niño de cuatro años? Esta es la pregunta clave más frecuente que se hacen los adultos cuando ven pasar un autobús cargado de niños, somnolientos todavía, hacia los parvularios. Y ésa es la interrogante que se hacen los científicos de la educación. Desde luego no se trata de aplicar cada vez con más retroactividad los sistemas y aprendizajes simbólicos, el estudio de las primeras letras y de las operaciones aritméticas reservadas antes para los siete años, a los niños de cuatro y cinco años de edad. La educación hoy se propone metas más ambiciosas y, por lo tanto, más complejas y difíciles que meros resultados mecánicos y memorísticos. Para intentarlo es necesario despejar esa incógnita que es el niño y que viene de más lejos todavía que la "cigüeña de París".

Los aprendizajes más importantes y complejos de la vida los adquiere el niño en sus tres primeros años a través del contacto familiar, a pesar de que los padres no sean conscientes de ellos y los psicólogos todavía no hayan logrado descifrar plenamente los más delicados mecanismos de ese aprendizaje inicial. Los educadores saben por simple experiencia la decisiva importancia que esa incipiente formación tiene en el carácter del niño y el psicoanálisis confirma ese mismo fenómeno en el hombre adulto. El día que se puedan generalizar las aplicaciones de la psicología a la primera infancia entraremos en la aurora de una nueva era para la Humanidad; pero antes tenemos que resolver la educación de esa otra etapa vigente ya hoy día, de los cuatro y cinco años.

La personalidad

El niño de cuatro y cinco años tiene su personalidad y su carácter. La diferencia entre uno y otro término consiste en que el primero abarca todos los rasgos de la conducta humana, capacidades, características y desarrollo. El segundo, en cambio, sólo hace referencia a la orientación de la conducta y a su valoración. El carácter está relacionado, por tanto, con los valores y pautas de comportamiento social y familiar acuñadas con mayor intensidad durante la primera infancia (0-3 años) en la personalidad del niño. De ahí que el carácter significa una permanencia de ciertas orientaciones en la conducta del niño difíciles de cambiar y cuya persistencia llega a la edad adulta. A ello nos referimos al hablar de la importancia de la formación familiar en los tres primeros años. Este hecho obliga a los profesores parvulistas a mantener un contacto muy estrecho con la familia, tanto para informarse del ambiente y penetrar así en los caudales del carácter del niño como para mantener una orientación común en la formación de la personalidad de éste.

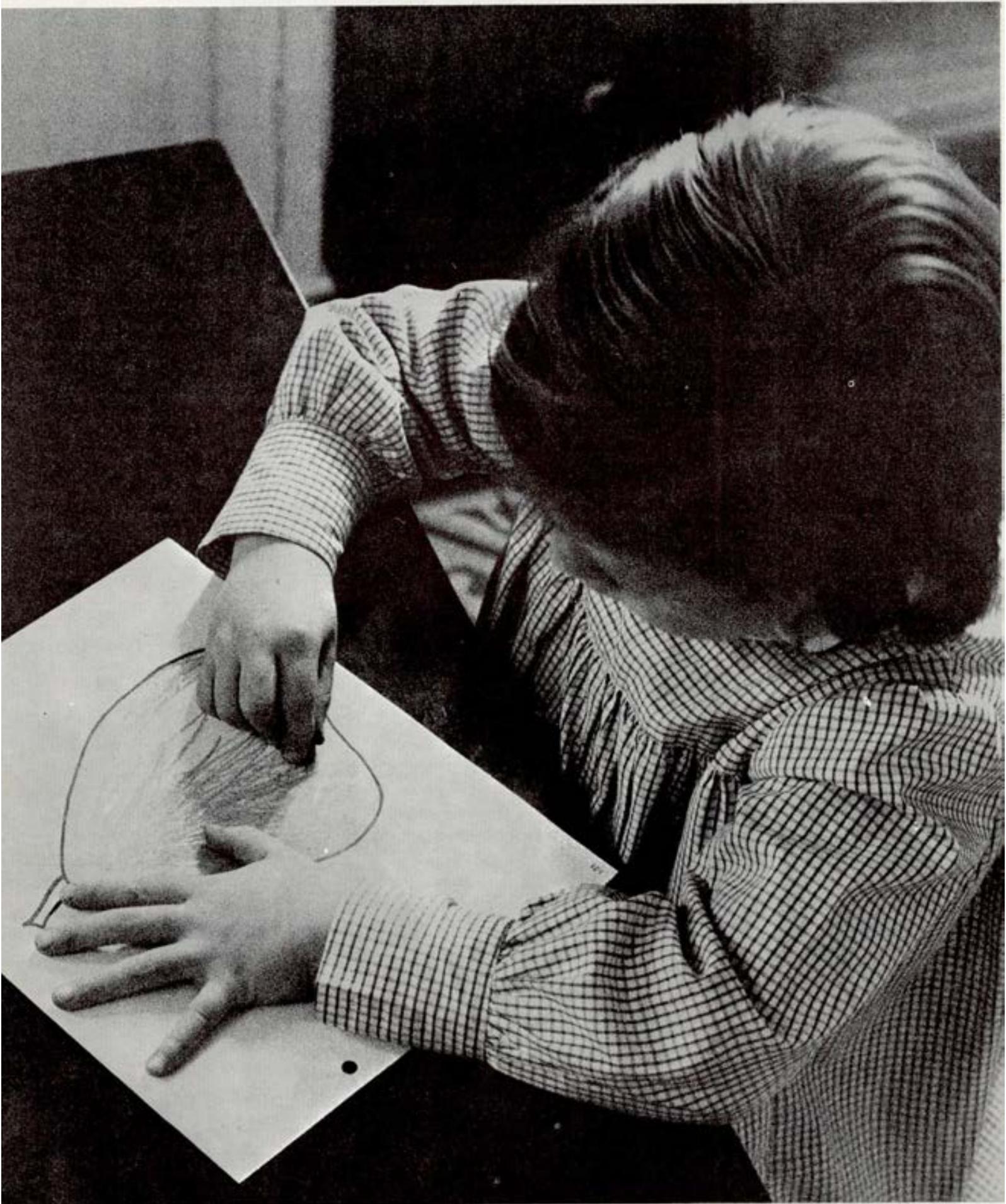
Pero es necesario, antes de todo otro análisis, que el investigador posea una comprensión lo más completa posible de la conducta humana y de la personalidad. Sólo así podrá establecer hipótesis claras y objetivas de trabajo, al mismo tiempo que le sirva de punto de integración y referencia de la información psicológica que vaya adquiriendo.

Ofrecemos para ello la definición que nos brinda ALLPORT en su bien documentada obra sobre este mismo tema: "PERSONALIDAD ES LA ESTRUCTURACION DINAMICA DE DENTRO DEL INDIVIDUO, DE AQUELLOS SISTEMAS PSICOFISICOS QUE DETERMINAN UNA CONDUCTA UNICA FRENTE AL AMBIENTE." Subrayamos el carácter estructural, e íntimo en continuo cambio formativo, de la personalidad; aunque a instancias de una serie de estimulaciones ambientales, incluyéndose a sí mismo como elemento integrante de ese ambiente. Hacemos hincapié, así mismo, en una cierta identidad en todas sus respuestas o conductas que caracterizan al sujeto.

Pautas de observación

La confusión que manifestamos al hablar del hombre en general y del niño se debe en la mayoría de los casos al hecho de que nuestras observaciones no encuentran su lugar apropiado en el esquema de la personalidad. Por ello consideramos de suma utilidad el análisis y descripción, aunque breve, de los sistemas psicofísicos de la personalidad. La ampliación de este esquema da lugar a los tratados de psicología general. Allport los denomina psicofísicos para dar a entender que todos ellos conforman la unidad de la persona, en la que lo físico y lo psíquico están





tan relacionados que resulta difícil, si no imposible, señalar dónde termina el uno y empieza el otro.

Estos sistemas o dimensiones psicofísicas son las siguientes: SOMÁTICAS, INTELECTUALES, EMOCIONALES, MOTIVACIONALES y PSICOPATOLÓGICAS.

1. Dimensiones somáticas

Pertencen a este apartado todos los aspectos relacionados con la morfología del ser humano. Destacan los órganos receptores, sentidos, que le sirven al hombre para percibir los estímulos. El sistema nervioso, cuyo desarrollo y especialización celular da lugar al reconocimiento de los estímulos, y a toda actividad intelectual superior.

El sistema locomotriz es el encargado de ejecutar las órdenes que el sistema nervioso le envía para responder a los estímulos percibidos. Lo componen los huesos, músculos, glándulas de secreción. Y éste es en síntesis el esquema de la conducta.

La dimensión somática constituye la base y sostén de toda la estructura personal.

2. Dimensión intelectual de la personalidad

Abarca todos los fenómenos resultantes de la actividad del sistema nervioso. Podemos distinguir en él tres aspectos: capacidades, funciones y hábitos intelectuales.

A pesar de que la inteligencia se considera una, está formada por una multitud de factores o capacidades. Guilford ha demostrado teóricamente que su número llega a 120; de ellos se han investigado experimentalmente 50. Los que se analizan con más frecuencia son los siguientes: capacidad abstracta, razonamiento verbal numérico, espacial y mecánico.

Las funciones se reducen a los resultados de la mente: imagen, concepto, juicio y raciocinio, memoria asociativa y automática.

Y entre los hábitos podemos distinguir la atención voluntaria, concentración y otras de carácter mixto: percepción y expresión. Algunos de los aspectos intelectuales no se manifiestan todavía en el niño y otros ligeramente esbozados.

3. Dimensión temperamental

También se denominan emocionales por corresponder a "fenómenos de naturaleza emocional característicos de un individuo, como la susceptibilidad a la estimulación emocional, velocidad e intensidad de la reacción, cualidad del estado de ánimo dominante y las peculiaridades de fluctuación e intensidad del mismo".

Bajo este epígrafe incluimos los sentimientos, intensidad, clase y orientación de los mismos, emociones y pasiones.

4. Dimensión motivacional

Pertencen a ella todos aquellos aspectos del comportamiento que están relacionados con la motivación, como pulsiones biológicas que dependen de las necesidades orgánicas y todos aquellos que se adquieren en contacto con el mundo cultural, como necesidades de consumo, económicas, de libertad, etc. En fin, todo aquello que empuja al hombre a actuar.

Distinguimos claramente necesidades básicas, necesidades biológicas, suprabiológicas (amor, verdad, etc.), culturales, económicas. También pertenecen a este campo los intereses personales y profesionales, las actitudes o predisposiciones.

Quizá sea la dimensión que nos descubra con mayor claridad la naturaleza humana y el alma infantil. Y de ella es necesario partir a la hora de pensar en la educación de los párvulos.

Es imposible precisar cuál es la más importante. Todas ellas están en íntima relación y sirven de sostén y base las unas a las otras; así, por ejemplo, las emociones suelen actuar (y así las aprovechan los demagogos) con una gran fuerza.

5. Aspecto psicopatológico

El equilibrio y relación entre las distintas dimensiones da lugar a una personalidad normal. Por ejemplo, cuando el niño tiene un desarrollo intelectual normal y sus necesidades básicas cubiertas, incluyendo las afectivas (en él tienen mucha fuerza motivacional), su comportamiento también es normal, es decir, responde adecuadamente a los estímulos.

Aquí es necesario tener en cuenta que no se sabe exactamente en qué consiste la normalidad para el adulto y menos aún para el niño, ya que este concepto es cultural y depende del grado de evolución social, del tiempo y del espacio. Lo que hace tiempo era normal —por ejemplo, la norma de "la letra con sangre entra"— es totalmente aberrante hoy en día. Por eso a veces puede ocurrir que la respuesta del niño sea normal y correcta, aunque no la deseada por el adulto.

El niño de cuatro años

En el aspecto somático, el niño de cuatro años está sometido a un crecimiento continuo apenas perceptible; el equilibrio estético durará hasta la preadolescencia.

La habilidad motriz es superior a los tres años. Adquiere cierta agilidad en los saltos, tanto parado como corriendo; incluso puede llegar a saltar con uno y otro pie y a realizar tres saltos sucesivos. Es capaz de lanzar objetos apuntando. Se abotona solo y a veces acierta a atarse los zapatos. Su dominio manual le permite trazar cruces, círculos y, a veces, rombos; buena coordinación ojomano en lo que realiza.

En el aspecto intelectual conserva ciertas adherencias egocéntricas que a veces le impiden realizar progresos en la comunicación social. La imaginación ocupa un lugar importante en toda la dimensión intelectual; símbolos oníricos, analogía, asociación y desplazamiento en los elementos de la imagen son las características de su actividad mental. Realiza depuraciones de elementos figurativos y síntesis provisionales a través del juego representativo. Atención variable, muy unida a la memoria. Elabora sedimentos imaginativos que refuerza con el juego y la ejecución. Expresión sincrética y egocéntrica en la que emplea todo el cuerpo. Utiliza colores, expresión gráfica; ciertos atisbos espaciales y distinción mañana-tarde: objetivación del tiempo.

El aspecto emocional domina al intelectual: pensamientos desiderativos, confunde sus deseos con la realidad, mayor dominio y distinción de afectos que el niño de tres años. Autonomía mayor con relación a éste. Se aísla en su cascarón.

Contrasta esto con las necesidades y la experimentación de relación social, aunque tímida y retozona. Es a veces peleón e irritable. Irrumpe con locuacidad; pregunta sobre todo por afirmarse en el vocabulario aprendido y por fijar las situaciones captadas. Adquiere hábitos sociales a través de la escenificación.

Necesita corretear, normalmente sin otro fin, aunque a veces con ánimo de competición; le gusta salir airoso.

Es capaz de solucionarse solo algunas de sus necesidades; va al baño solo, se peina y se lava. Todo esto, por imitación del adulto y con cierto sentido lúdico.

El niño de cinco años

El niño de cinco años mejora en habilidad manipulativa y desarrollo digital. Es capaz de meter bolitas en un frasco, maneja mejor el cepillo de dientes y se peina con mayor

soltura que el de cuatro. También manifiesta esta habilidad en el lavado y secado de platos. También domina el triciclo, y monopatín.

En el aspecto intelectual avanza a caballo del pensamiento mágico, juicios por asociación subjetiva y del egocentrismo, herencia del de cuatro. La destreza manual le ayuda para acercarse a una percepción más realista y concreta.

Sus ansias de saber le llevan a estar averiguándolo todo; pero sus preguntas son más serias e interesadas por conocer que las del de cuatro. Puede seguir con toda atención el argumento de un cuento y recordarlo: ve y escucha detalles.

La memoria se desarrolla súbitamente al mismo tiempo que decrece la imaginación. Puede contar diez objetos y realizar sumas simples.

Es perseverante, le gusta terminar los juegos que ha empezado.

Su expresión se caracteriza por un uso más preciso y depurado del lenguaje.

A veces se encuentra en situaciones apuradas y se las ingenia para salir del trance con una mentira.

El niño de cinco logra un mayor dominio de su vida emocional. Es capaz de adaptarse a la reacción que los adultos manifiestan entre la intromisión del niño. Una especie de amor propio le hace sentir vergüenza, y le gusta destacar y ser algo en el grupo. Sin embargo, no conoce emociones complejas, presenta una tendencia a la amistad y acepta el papel de mayor y protector de sus hermanos.

Le gusta también jugar a papeles de adulto y ayudar a la madre en las tareas de la casa: barrer, lavar y secar platos.

Lo que destaca en el aspecto motivacional del niño de cinco años es su vivo interés por saber y por realizar juegos consecutivos en colaboración.

Al finalizar los cinco años el niño está preparado para enfrentarse con las tareas propias de Enseñanza General Básica.

José Romero Lojo

Actividades para la Escuela de Padres

Tener una discusión dirigida:

1. **Objetivos educativos en los cuatro y cinco años:** encontrarlos, definirlos, jerarquizarlos.
2. **Qué tipo de exigencias concretas se deben y pueden tener con unos niños de cuatro y cinco años.**
3. **Ejemplificar la frase del artículo:** "Los aprendizajes más importantes y complejos de la vida los adquiere el niño en los tres primeros años...", etc.
4. **Señalar las tareas educativas más apropiadas para realizar en el Parvulario y las que son más apropiadas para lograr en el ambiente familiar.**